

Cuando Frin subió a la duna se paró frente al mar por primera vez; pero ahí estaba Alma, sentada en la arena, hablando con ese chico más grande. Entonces no vio el mar, dio media vuelta.

—Frin, ¿qué haces? Viajamos hasta acá, ¿no vas a saludarla? (papá).

—Déjame (se alejó).

—Espera...

—¡Déjame!

Así terminó la visita sorpresa que Frin había preparado para el cumpleaños de Alma. No quiso quedarse un segundo más, ni que Alma oyera un ruido y volteara. Bajó la duna hasta la calle de arena y se alejó caminando a grandes zancadas. Pasó al lado del jeep. Siguió de largo. El papá dudó un segundo en bajar a avisarle a Alma, pero no conocían esa ciudad, si Frin se alejaba no lo encontraría. Sólo gritó:

—¡Alma! ¡Hola!

Y alzó los brazos. Ella se dio vuelta, el sol le daba en la cara, puso su mano como visera, en ese momento

el papá vio que Frin se echaba a correr. Alma se puso de pie, para ver quién la saludaba. El papá hizo bocina con las manos:

—¡Ahorita volvemos!

Alma levantó un brazo, pero la sorpresa era demasiado grande como para reconocer que era el papá de Frin. Cuando corrió hasta la duna ya no había nadie, y sólo vio a unas cuadas un jeep alejándose.

El papá alcanzó a Frin, lo convenció de subirse al jeep; pero con la promesa de que no volverían a la duna ni a buscar a Alma ni a nada. Sólo al campo. Regresar.

Alma se quedó mirando. ¿No le prestaban un jeep al papá de Frin? No estaba segura. Aunque su corazón adivinó que era Frin dándole una sorpresa, pensó que ese presentimiento eran sus ganas de que Frin hiciera eso. Se ensombreció pensando que Frin no la había llamado ni le había escrito, ¿cómo podía olvidarse de su cumpleaños?

El papá apretaba el volante con las manos, enojado con Frin. Él no hablaba, no respondía, miraba por la ventanilla para disimular unas lágrimas. Malditas lágrimas, maldito mar, maldita idea de la sorpresa. Para colmo su mamá lo iba a llenar de preguntas:

—¿Te gustó el mar?



Todo comenzó tiempo atrás, con la mamá de Alma contándole que les prestaban la misma casa de la playa para las vacaciones; ella disimuló sus pocas ganas con una media sonrisa.

También, con Lynko yéndose a Alemania con sus papás, a conocer una empresa que le había ofrecido trabajo al padre. No quería decir que se mudarían ya, pero si aceptaba deberían hacerlo. Y con Frin dibujando otra media sonrisa cuando sus papás le anunciaron que pasarían el verano en la casa de un tío que tenía una librería en un pueblo con más árboles que personas; eso estaba bien para cuando uno era un escuinle, pero ¿ahora? ¿Al menos irían en autobús, viendo películas reclinados en un asiento cómodo? No, el papá se las arreglaba para “vivir una aventura”. En vez de hacerlo como todo el mundo, tenía que ocurrírsele una maldita aventura. Gratis a la casa de un tío, en un pueblo en el que la electricidad era a carbón, algo así, y en un jeep prestado que Frin conocía: iban a llegar cuando Lynko, Vera y Alma terminaran la primaria.

Ése fue el resumen que Frin le contó a Elvio, quien comentó:

—¡De vacaciones con los papás! ¡Qué suerte tienes, Frin!

—¿Qué dice?

Elvio lo despeinó con la mano, la mirada perdida. Seguro que esto sería un recuerdo buenísimo dentro de mil años, pero hoy es un plan aburrido.

—Dile a tu papá que puedo prestarles una tienda de campaña.

—Ni se le ocurra, Elvio.

—Por si quieren acampar, ¿no, Frin?

—Odio acampar.

—Ven, te la muestro, la usábamos con mi hija cuando era chiquita.

Frin sospechó que la tienda de campaña debía ser de la época de los romanos, porque la hija ahora tenía como cuarenta años, no, veinti... y algo. Daba igual. Fueron hasta la bodega de la casa.

—Acá está.

Elvio dio un tirón para sacarla, se cayó toda la chatarra que se apoyaba en ella y, como ése era su método para buscar algo en la bodega, todo quedó según cayó y Elvio cerró la puerta.

—Creo que hay que darle una lavada a la lona...

—... (¿lona? ¿Qué es "lona"?).

—¡Ya no se hacen más de estas tiendas de campaña, Frin!

—... (*pus sí, ya murió demasiada gente cargándolas*).
¿No es pesada?

—Porque es buena, mira qué costuras, qué remaches.

—Elvio, ¿y no se va a enojar el faraón si profanamos su tumba?

Soltaron una carcajada.

—¡Malvado muchacho! ¡Te presto un tesoro!

—¡Parece el cofre del tesoro, Elvio!

—¿Qué le ves de malo, a ver?

—Se va a enojar si le digo.

—No, no, al contrario, ¿qué puedes encontrarle de malo a una tienda de campaña de esta calidad?

—Bueno..., es... vieja...

—Sí, porque duró, no como las cosas de ahora, que no duran.

—... pesada, el color es espantoso, no tiene marca, y uno debe de tardar horas en armarla.

—No pienso rebajarme a una crítica tan... tan...
Dile a tu papá que se la presto.

—A él le encantaría, Elvio, no le voy a decir.

El papá aceptó feliz y pasó a buscarla, la tienda de campaña y el jeep armonizaban, parecían del mismo Periodo Cretáceo.

Si las galaxias se alejan, como explicaban en ese programa de tele, ¿cómo es posible que todas se alejen de todas a la vez? Frin lo miraba imaginando que debía haber por lo menos una que quedara en medio, al estilo: *¡Ey, qué les pasa a todas! ¿A dónde van?*

Porque eso era exactamente lo que él sentía cuando fue con su papá al aeropuerto, a despedir a Lynko. Alma en la playa, Vera con sus papás, en las sierras, y Lynko, a Alemania.

Un aeropuerto bastante nuevo, y gente que se viste para viajar en aviones nuevos, que van por el aire, que vuelan: no en jeep.



3
El baile



Andrea, otra de las chicas, propuso hacer un baile para despedir el año.

—Ya les pregunté a mis papás y podemos hacerlo en mi casa.

“Y poñemos añeño eñ ñi ñasa”, se burló Alma en voz baja. Frin la oyó, pero mejor no preguntó nada porque Alma sentía celos de Andrea. No es que se lo hubiera dicho, pero le veía salir un humito negro cada vez que la otra hablaba. Y sólo porque era la más grande o desarrollada, porque había nacido en agosto o algo así, se desarrolló antes y parecía como de quince, y se pintaba las uñas de azul o de verde, y era abanderada e insoporable. “No la soporto”, Alma siempre terminaba así cualquier comentario sobre ella, casi lo había convertido en su apellido: Andrea Nola Soporto. A Frin no le parecía tan mala onda, ni a ninguno de los varones.

Un día Frin la estaba mirando sin darse cuenta de que Alma se acercaba:

—¿Cuánto aguantas sin respirar? (Alma).

—¿Eh...?! —reaccionó Frin, y volvió a respirar.

El día del baile ella también programó la música, porque su hermanito menor la hacía de DJ, con dos aparatos y los auriculares, pero seguro que ella le había ordenado todo.

Al fin, no estaba nada mal la reunión y se divertían. Tanto, que Frin se olvidó del asunto ése de los celos, saltaba con los chicos y se correteaban. Las chicas los regañaban, que no fueran tan infantiles, y ellos se la regresaban diciéndoles que no se hicieran las creídas bailando todo el tiempo que ni un sangüichito dejaban agarrar. “¿Por qué no comiste en tu casa, chiquito?”. *¿Con lo que hay aquí iba a comer en mi casa?!*

Los gritos se hacían cada vez más altos. Hasta que la música cambió a lenta, de golpe. *¡Oh, no!*, pensó Frin, no porque no le gustara abrazar a Alma, pero no ahí, delante de los demás. Por suerte los chistes y los gritos siguieron, y Lynko hacía como que se quitaba el cinturón en medio de la sala, Vera le decía que era un tonto, pero se moría de la risa. Entonces Lynko se puso el cinturón de corbata y corrió hacia las luces de la sala: prender y apagar, para que pareciera una disco, aunque eran las cuatro de la tarde. Alma se reía, por Vera y por Lynko, que no paraba de hacer bromas y llamar la atención, y Frin abrazaba a Alma, y pensaba: *Uy, ¿si se funden los focos, es culpa de Lynko?* Los gritos y aplausos subieron de intensidad y, si de llamar la atención se trataba, Andrea Nola Soporto no iba a dejarse ganar:

—¿Quién quiere bailar conmigo? (preguntó levantando un brazo, parada en el medio de la sala).

Los varones empezaron a arrodillarse enfrente de ella, suplicándole ser elegidos, Lynko también. Era muy graciosa la escena.

—¿Me esperas un minuto?

Le pidió Frin a Alma y se arrodilló estrechando las manos de Andrea:

—¡Yo, por favor! ¡A mí, Andrea! ¡Elígeme a mí!

Y Andrea, como una diosa, como la dueña de la casa y algo más, bajaba el brazo, señalando con el dedo a uno y otro, hojeando el menú.

—Mmm, a... mmm, a... mmm, a... mmm, a...

Hasta que el dedo se detuvo en uno, cualquiera, otro. Los demás hacían como que estallaban en llanto, desesperados, se desmayaban en el piso y como que tenían convulsiones. Frin también, hasta que regresó a bailar con Alma, que se había quedado como si estuviera viendo una película y de pronto le cambiaran de canal. Ahora Frin volvía a ese canal con ella.

Frin todavía se carcajeaba, Alma estaba como para un *casting* de Cenicienta, o de calabaza para la película de Cenicienta. Pero la finísima sensibilidad de Frin hizo que se diera cuenta, sobre todo cuando Lynko le advirtió:

—Dice Vera que Alma se superenojó porque fuiste a hacerte el payasito con Andrea.

—¡Pero si tú también fuiste!

—Vera también se enojó.

Cuando la acompañaron a la estación de autobuses, Lynko, Vera y él, Frin aprovechó para disculparse.

—Alma, lo del otro día era una broma, ¿sabes?

—¿Qué?

—Que los chicos y yo nos arrodillamos por Andrea.

—¡Ni me acordaba, Frin!

—Uh, qué bueno.

Cuando le contó a Lynko y a Vera, ella comentó:

—¿Y le creíste que no se acordaba, Frin?

—¿Por qué no iba a creerle?

—¿Qué les pasa a los chavos? Alma quería que le pidieras disculpas.

—¿Qué les pasa a las chavas, Vera? Sí le pidió disculpas (Lynko).

—Más disculpas (Vera).

Frin despidió el autobús, que ya dejaba la plataforma. Alma y su mamá iban hacia la playa. Qué menso, ¿cómo no se dio cuenta? No importa, en cuanto llegara a casa le escribiría: “Alma, no me hagas esto, si estabas enojada dímelo, yo te pediría otras disculpas más, sin problema”.